

[Publicado previamente en *Boletín de la Real Academia de la Historia* 178, Cuaderno 2, 1981, pp. 225-241. Editado aquí en formato digital con la paginación original y sin modificaciones].

Cancho Roano, un monumento protohistórico en los confines de la antigua Lusitania.

Antonio Blanco Freijeiro

CUANDO visité este lugar del término de Zalamea de la Serena (Badajoz), una tarde de la primavera de 1980, recibí una impresión imborrable, nunca experimentada. Eché de menos la compañía de García y Bellido, el maestro que tanto y tan bien conocía el libro III de Estrabón ¹. Me acompañaba José María Álvarez, director del Museo

¹ A. García y Bellido, *España y los españoles hace dos mil años según la "Geografía" de Estrabón*, 6.^a ed., Madrid, Espasa-Calpe (col. Austral), 1978. El autor realizó además en la comarca de Zalamea los trabajos conducentes a su contribución al libro suyo y de J. Menéndez Pidal, *El distylo sepulcral romano de Iulipa (Zalamea)*, Anejos de Archivo Español de Arqueología, III, Madrid, C.S.I.C., 1963. El nombre romano de Zalamea, *Municipium iulipense*, está documentado por un cipo de mármol de época de Trajano conservado en la villa actual. Sobre la antecesora de Zalamea anotan García y Bellido y Menéndez Pidal: "Quizá se encuentra sobre la calzada romana que, construida por Trajano, unía *Metellinum* (Medellín) con *Corduba* a través de *Mellaria* (en las cercanías de Fuenteovejuna). Se justifica su existencia como núcleo urbano, por la riqueza de su suelo en cereales, aceite y ganadería, habiéndose beneficiado en la Antigüedad las riquezas mineras de su subsuelo, como lo acreditan los yacimientos y explotaciones de plomo argentífero de La Revertilla, situada a media legua del lugar, y los de hierro, que se encuentran casi en la superficie, repartidos por los alrededores. La buena calidad y abundancia de agua de sus manantiales y pozos favoreció, y no poco, el asentamiento de la población, de cuya existencia anterior a la época romana no nos ha sido dado rastrear otros vestigios que la acrediten, a no ser el posible santuario indígena romanizado

de Badajoz y correspondiente de nuestra Academia, quien, además de experto en estos parajes, había realizado excavaciones a la entrada de la Cueva del Valle. En medio de la grandiosidad del escenario campestre, arbolado y herboso, con su interminable gama de verdes, refrescados por la lluvia de los últimos días, la cueva constituía el rasgo necesario, la señal anómala (lo que los alemanes llaman *Kultmal*) para que el hombre antiguo percibiese en el ambiente la presencia de la divinidad, y en virtud de ella lo sacralizase.

Y en efecto, la cueva no pasó inadvertida. Su espaciosa entrada, a la que vendría como anillo al dedo el símil de Góngora, "formidable de la tierra bostezo", recibió en la Antigüedad exvotos de terracota en forma de mujeres —y tal vez de hombres también— sumamente toscos, sin escuela alguna, como obras de alfareros más hechos a modelar cacharros que figuras humanas; pero con todo, lo bastante audaces para atreverse con estatuillas huecas, como tubos de barro, y de buen tamaño dentro de su género. Tal y como recuerdo los "muñecos" que vi en el Museo de Badajoz (no publicados aún), me quedaron grabados en la memoria unos semblantes esquemáticos, de mentón puntiagudo, que parecían llevar perillas, sin que éstas lo fuesen, puesto que también las mujeres las lucían. Como en la cerámica del Dípylon, estos alfareros no establecían distinción más que de sexo entre hombres y mujeres.

Al modo como las cimas de las altas montañas invitan al culto de Zeus (o de sus equivalentes en cualquier otra religión); los promontorios azotados por el oleaje, al de Poseidón; las fuentes de los llanos feraces, al de Deméter; los barrios artesanos de las ciudades, al de Hephaistós o al de Atenea, las ruinas de los palacios y tumbas monumentales, al de los héroes del pasado..., así las cuevas corresponden por lo regular a divinidades telúricas como Gea, pero también infernales

de la Cueva del Valle, al que después nos referimos, indicio quizás de un culto local, perpetuado al menos hasta la época imperial" (op. cit., 3 sig.).

Y poco más adelante: "Dada la situación de Zalamea podemos afirmar que *Iulipa* era parte de la región antiguamente llamada *Baeturia*, extensa zona de la *Baetica* que tenía lindes con *Lusitania* y cuya población era, al parecer, en buena parte lusitana". Los límites de la *Baeturia* y su correspondencia a las provincias romanas aparecen un tanto confusos en las fuentes. Cf. sobre la cuestión: L. García Iglesias, "La Baeturia, un problema geográfico de la Hispania antigua", *Archivo Esp. de Arqueología* 44 (1971), 86-108; Idem, "El Guadiana y los límites comunes de Bética y Lusitania", *Hispania Antigua* II (1972), 165 sigs.

como Hades y Prosérpina, u oraculares como Apolo, si las emanaciones de la cueva o de la grieta propician el trance profético. No sabemos por cuál de estos aspectos, ni desde cuándo, la Cueva del Valle fue objeto de culto religioso. Las excavaciones sólo indican que este culto continuaba tras la conquista romana, pero sin precisar nada sobre posibles antecedentes del mismo.

Desde la cueva hasta los terrenos más hondos del valle el suelo descende en una pendiente suave y gradual. A poco más de dos kilómetros y en las proximidades del arroyo Cigancha, que desemboca en el Ortigas, se alzaba una loma de cuatro o cinco metros de altura que el propietario de la finca de Cancho Roano había comenzado a allanar. La operación tropezó con los restos de un edificio de piedra y adobe del que empezaron a salir cenizas en tal cantidad que hicieron pensar en un horno. Pero lo que más llamó la atención de los descubridores y de los curiosos fue que además de las cenizas apareciesen una arracada de oro, diversos bronce y multitud de tiestos de distintas fábricas, entre los que figuraba una elevada cantidad de copas áticas. José María Álvarez dio cuenta de los hallazgos al profesor J. Maluquer, a la sazón inspector de Excavaciones Arqueológicas, y éste recabó para sí el estudio del yacimiento.

Cuando nosotros visitamos el lugar, en 1980, se hallaban al descubierto buena parte del basamento del edificio y unos muros de adobe que no hubieran tenido nada de particular si no fuese porque su interior estaba relleno de ceniza hasta una altura descomunal. Se podía dar por descontada la posibilidad de que tal hacinamiento de carbones se hubiese producido por el incendio de un edificio. La idea del horno o del crematorio se imponía por sí misma a la vista de lo allí presente. La ceniza daba la impresión de estar estratificada, como si hubiese sido echada o acumulada en distintas fases u operaciones de cremación. Las lluvias que habían caído en los días pasados la habían impregnado de humedad sin hacerle perder la consistencia. En el corte dejado por los excavadores asomaba una anilla de bronce antigua que nos permitimos recoger para evitar su desaparición en la bolsa de algún visitante fortuito, como los que evidentemente habían hurgado aquí y allá en recientes ocasiones. El panorama que se ofrecía a nuestros ojos y el recuerdo de los hallazgos anteriores al comienzo de las excavaciones traían a la memoria, con una fuerza irresistible, el pasaje de Estrabón sobre los

sacrificios de los pueblos lusitanos y, en general, de los montañeses del oeste peninsular:

"Comen principalmente carne de cabrito; sacrifican a Ares, el macho cabrío, y prisioneros y caballos; y hacen hecatombes de cada especie como los griegos, o para decirlo con palabras de Píndaro, todo lo sacrifican por centenares."

(Estrab. III, 3,7.)

Dado que nos hallábamos en el paso de varias vías de comunicación natural entre la Bética y la Lusitania (aquella misma mañana habíamos cruzado la divisoria entre ambas), el monumento y el paraje de Cancho Roano ofrecían una visión muy sugestiva y aclaratoria del pasaje estraboniano. Permitían, en efecto, contemplar una de aquellas huestes lusitanas tras una de las incursiones a la Bética de que las fuentes literarias se hacen eco, como el de estos versos referentes a la ciudad de Córdoba:

*non, Lusitanus quateret cum moenia latro,
figeret et portas lancea torta tuas.*
(*Fontes Hisp. Ant.* VIII, 149)

("no cuando el bandolero lusitano hacía vibrar tus murallas y clavaba en tus puertas la torcida lanza").

Es de suponer que del botín de estas expediciones de rapiña, compuesto en parte de cautivos y ganado, separasen el diezmo correspondiente al dios de la guerra, cuyo nombre Estrabón traduce por el de Ares griego, perfilando así su carácter, y lo ofreciesen como tenían por costumbre, sacrificando un centenar de sus componentes, el número sagrado de los indoeuropeos que los griegos mantuvieron en la longitud de sus templos ("hekatonpedon") y en el número de bueyes de sus hecatombes.

Estrabón no dice más, ni pensando en sus lectores tenía por qué decirlo. El sabía que éstos conocían en la práctica ese género de sacrificios, de modo que podía ahorrarse añadir unas observaciones que nosotros, en cambio, tal vez necesitemos. En otras palabras, para nosotros, por inercia natural y por costumbre de no leer más allá de los textos, no resultaría extraño, a la vista de lo que Estrabón dice, que los lusitanos sacrificasen a sus víctimas en cualquier lugar del campo y las dejasen allí, a pudrirse al sol o a ser presa de las aves y bestias carro-

ñeras. Aquí es donde, a nuestro juicio, el monumento de Cancho Roano pudiera ser más aleccionador como ilustración precisa de aquello que Estrabón da por sabido, esto es: que las víctimas iban ataviadas conforme a la solemnidad del acto, no sólo con las ínfulas y coronas de ritual, sino con los arreos pertinentes (las mujeres, con sus joyas; los caballos, con sus atalajes); que la ofrenda al dios revestía la forma de una incineración y que tanto ésta como el sacrificio habían de hacerse en un *témenos* y delante o encima del ara correspondiente.

Este rito general en muchos pueblos antiguos daba lugar a los altares que los tratadistas llaman "altares de sangre" y "altares de ceniza"². Algunos de los más célebres y venerados de Grecia —el de la Hera de Samos, el de Zeus de Olimpia— pertenecían a estas clases. El rasgo más notable de este último era la torre de ceniza que se había formado sobre él. He aquí como Pausanias lo describe:

"Unos dicen que lo erigió Heracles de Ida (o sea, el Hércules cretense, el oriental, no el tebano), otros que héroes del país posteriores en dos generaciones a Heracles. Está hecho con las cenizas de las piernas de las víctimas sacrificadas a Zeus, lo mismo que el de Pérgamo; también la Hera de Samos tiene un altar de cenizas, no más notado que los que en Ática los atenienses llaman "hogares improvisados".

"Del altar de Olimpia, el primer escalón, llamado *próthysis*, tiene ciento veinticinco pies de perímetro, el segundo, de cada... treinta y dos, y la altura total del altar es de veintidós pies (= 6,50 metros). Las víctimas son sacrificadas en la parte inferior, la *próthysis*; las piernas se llevan a lo más alto del altar y allí se consagran. A la *próthysis* dan acceso escalones de piedra por cada lado; desde ella a la parte superior del altar los escalones son de ceniza. Hasta la *próthysis* pueden subir doncellas y mujeres, cuando no les está prohibido entrar en Olimpia [lo cual sucedía en época de los Juegos], pero a la parte superior del altar sólo pueden subir los hombres.

² C. G. Yavis, *Greek Altars*, Saint Louis, University Press, 1949, y en particular, H. Schleif, "Der Zeusaltar in Olympia", *Jahrbuch des Deutschen Archaeo-logischen Institúts* 49 (1934), 139 sigs. No siempre es posible establecer la diferencia arqueológica entre "altares de ceniza" y "altares de sangre", pero los antiguos evidentemente distinguían unos de otros, y así lo hace Pausanias, que es nuestra autoridad principal sobre el tema.

"Aparte de la fiesta, hacen los particulares sacrificios a Zeus y diariamente los eleos.

"Todos los años, los adivinos, en el día 19 del mes de Elafio, traen del Pritaneon la ceniza, la empapan en agua del Alfeo y cubren de este modo el altar. No se puede hacer este lodo con otra agua que la del Alfeo, que por ello se cree es el más querido a Zeus de todos los ríos. También hay en Dídima de Mileto un ara hecha por Heracles de Tebas, según los de allí dicen, con la sangre de las víctimas, pero después la sangre de los sacrificios no fue tanta que la hiciese alcanzar un tamaño excepcional"³.

El texto transcrito presenta una laguna que afecta a la descripción del altar, donde queda en oscuro la existencia de un segundo cuerpo arquitectónico (como en la reconstrucción de la fig. 2, a), y se presta a discrepancias de léxico, y por tanto de semántica. La arqueología nada tiene que añadir, pues si bien ha localizado en el Altis de Olimpia el altar de Hera, con su correspondiente cono de ceniza (fig. 3), no ha tenido la misma suerte con el de Zeus⁴. En desquite, los otros tres altares, con los que Pausanias lo compara, son conocidos merced a las excavaciones. El de Hera, en Samos, y el de Zeus, en Pérgamo, procuraron siempre conservar las cenizas de los sacrificios, en el primer caso rodeándolas de muros de contención que afectan a todas sus reconstrucciones durante más de mil años, y en el segundo cubriéndola con un baldaquino. El altar del Apolo de Dídima era un altar de sangre, y si Pausanias lo trae a colación es porque tampoco necesitaba de protección contra la intemperie. Es evidente que el sistema empleado en Olimpia le llamó la atención, primero, por el gran tamaño que había alcanzado el depósito de ceniza, y segundo, por el sistema empleado para cimentarlo: las capas de ceniza que una vez al año se traían del Pritaneon empapadas del agua del Alfeo. La operación se efectuaba en primavera, cuando el río baja de las montañas tan cargado de cal, que sus aguas son blancas como la leche. De modo que el lodo con que los sacerdotes de Olimpia

³ Pausanias, *Descripción de Grecia*, trad. del griego por A. Tovar, Valladolid, Facultad de Filosofía y Letras, 1946, pág. 338 (correspondiente a Paus. V, 13, 8-11).

⁴ H. Schleif, *op. cit.*, a quien se debe la reconstrucción hoy más aceptada. No es de desdeñar, con todo, la de Puchstein y Koldewey, *Die griechischen Tempel Unteritaliens und Siciliens*, Berlín, 1896, 70 sigs., lám. 10, reproducida en nuestra figura 2. Es la que más recuerda a la disposición de Cancho Roano.

cubrían el altar bastaba a dar consistencia a aquellas cenizas (que en realidad procedían de una cripta dedicada a Hestia en el mencionado Pritaneon). Aún así, Puchstein y Koldewey las han rodeado de un muro rectangular basado en la forma del gigantesco altar de Hierón II de Siracusa y muy similar a la planta de Cancho Roano.

Llegado a este punto, el académico que suscribe dio por terminada la comunicación oral de sus impresiones a una junta ordinaria de esta Real Academia y quedó a la espera de la publicación de los resultados de las excavaciones en curso. Esta publicación, afortunadamente, no se ha hecho esperar, con lo que tanto los excavadores como el Instituto de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Barcelona dan un ejemplo a seguir, por el que muy sincera y efusivamente les felicitamos.

LA EXCAVACIÓN

La memoria aparece en un folleto, en lengua catalana, de 34 páginas seguidas de ocho láminas con figuras no numeradas, y por tanto no aspira a ser exhaustiva; pero basta para comunicar las ideas que los directores tienen acerca del objeto de su trabajo y para suministrar algunos datos esenciales acerca del mismo⁵.

Antes de glosar y criticar el contenido de la publicación, hagamos del modo más objetivo posible la descripción de lo hasta ahora descubierto, y veamos lo que sobre la base de esto se puede colegir con un cierto grado de verosimilitud.

Se trata de un edificio prácticamente cuadrado, con su fachada principal, la que mira al este, retranqueada en su parte media, de modo que queda encajada entre dos alas estrechas y salientes. Un podio de unos dos metros de altura, de mampostería revestida de un paramento externo en talud, de piedras mayores, sirve de basamento a la construcción. El podio correspondiente a la fachada efectúa el mismo retranqueo que los muros de ésta. Importa dejar constancia de que las dimensiones del cuadrado en que el edificio se puede inscribir son de unos 24 metros

⁵ J. Maluquer de Motes y Ramón Pallarés, *El Palau-Santuari de Zalamea de la Serena, Badajoz (Extremadura)*, Barcelona, Nacrem, 1981. Se anuncia una publicación, en español, a nombre de J. Maluquer de Motes, con el título *El Palacio Santuario de Cancho Roano en Zalamea de la Serena (Badajoz)* dentro de un Programa de Investigaciones Protohistóricas, IV, Barcelona, 1981.

de lado. Entre las alas de la fachada queda una plazoleta cuadrada, de 10 metros de lado, desde la cual dos escalerillas daban acceso a las puertas que se abrían en las paredes laterales de las alas, por el interior de las mismas. Como se advierte en el plano (fig. 1) algo así como la mitad del edificio, ocupada hasta ahora por un depósito de agua y un corral, no ha podido ser excavada, pero probablemente los autores de la excavación están en lo cierto al dar por supuesta su disposición simétrica. Sobre el podio se alzan las paredes de adobe del edificio, conservadas, donde mejor lo están, hasta una altura de dos metros sobre aquél. Originariamente estos adobes estaban revestidos de placas de pizarra que han dejado restos tanto *in situ* como sobre el podio. Mucho mayores que éstas, pero del mismo material, eran las losas cuadradas que recubrían la plazoleta. En el ángulo noroeste de ésta había un receptáculo de adobe de finalidad desconocida.

La distribución del interior del edificio, teórica en parte, aparece bien clara en el plano y podemos, por tanto, ahorrarnos su descripción. Anotemos únicamente estos datos: 1.º) la habitación del ala nordeste, a la que se accede desde el exterior por una puerta de 1,40 metros de ancho, está ocupada en buena parte por una escalera maciza, de adobe, que comunicaría con una terraza o sobrado; 2.º) es de suponer que en la fachada oriental hubiese una o varias ventanas que iluminasen la estancia alargada que se extiende de norte a sur del edificio; 3.º) aunque su forma no se haya podido determinar, parece haber existido una cripta o habitación semisubterránea de piedra, o forrada de pizarra, hacia el centro del edificio.

Lo que se ha conservado de las paredes de adobe de la planta principal hace suponer a los autores que sus habitaciones alcanzaban una altura interior de 3,26 metros. Algunas de ellas, si no todas, estaban encaladas.

Salvo la escalera interior antes citada, no hay indicio alguno de una segunda planta, ni siquiera de una cubierta, como no sea un tronco de madera carbonizada aparecido en la gran habitación transversal, y que los excavadores interpretan como una viga.

Por delante de la fachada del ala nordeste corre una especie de acera de guijas, que rebasa la línea del paramento norte y alcanza un murete que corría paralelo al podio por aquel lado y tal vez rodeaba todo el edificio. De ser así, el podio estaría rodeado de un "témenos"

de unos dos metros de anchura, la misma que el propio podio tenía a partir de los muros de adobe del edificio. Sobre la acera de guijarros parece haber señales claras de que se efectuaron incineraciones.

Por fuera del muro de demarcación del supuesto "témenos" se extiende una franja de unos 40 metros de ancho, ocupada por una necrópolis, situada un metro por encima del nivel general de los campos.

Cerca de la puerta del ala nordeste apareció una argolla de hierro con un clavo que por su semejanza con las actuales parece destinada a atar caballerías u otras bestias. El indicio puede ser importante. Recordemos que los agujeros existentes en el podio del Heraion de Olimpia se consideran destinados a las anillas a que se ataban las bestias preparadas para los sacrificios, y que si aquí hubo tales sacrificios el lugar más idóneo para los mismos sería esta plazoleta y la acera de guijas que recorre el pie de la fachada principal del ala nordeste, donde los excavadores señalan huellas de incineraciones.

Aparte los hallazgos normales en toda excavación —cerámica indígena en grandes cantidades, en la que llaman la atención los ungüentarios y las platillos; cerámica griega en elevada proporción también—, los excavadores hacen hincapié en el hallazgo de un aríbalo de Naucratis de mediados del siglo VI, aparecido fuera del edificio; en bocados de caballo de bronce y ornamentos para las riendas (aquí es de destacar el hallazgo de una pieza lateral de un bocado idéntico a otra de Castulo, en la provincia de Jaén, lo que pudiera apuntar hacia el lugar de procedencia de parte de estos arreos); de pesas de bronce, elementos de balanzas y una pepita de oro que les hacen pensar en un lugar de mercado o trueque, controlado por el "poder" establecido en este punto. Los excavadores contrastan asimismo la abundancia de fusayolas, collares y brazaletes con la ausencia de armas ofensivas (sólo un puñal, pero ninguna espada ni lanza) y defensivas (cascos, escudos, grebas). Pese a todo el interés de los bronceos en general, el más excepcional entre ellos son las patas delanteras de la estatua de una cabra, provistas de los pivotes de fijación a una peana, y de una campanilla de bronce que tendría más de medio metro de lado.

Por último, lo más importante: la ceniza. "Conforme avanzábamos en dirección al río Cigancha —dicen— nos encontramos en un verdadero *busto*, [los autores quieren decir *bustum*, "crematorio"], que en el edificio propiamente dicho (del que no conocíamos ni la existencia)

llegaba a más de cuatro metros de profundidad en el centro y a 3,70 metros bajo el cero absoluto en el extremo oriental." Como se ve, una extraordinaria concentración de ceniza, comparable a la de los grandes altares griegos que antes hemos traído a colación. ¿Qué pensar de ella?

INTERPRETACIÓN

A efectos de determinar la cronología del monumento, los señores Maluquer y Pallarés utilizan tres elementos: el aríbalo de Naucratis, de mediados del siglo VI; la cerámica ática de comienzo del IV (toda la reproducida en ilustraciones pertenece, en efecto, a este siglo) y la madera carbonizada, datada por el carbono-14, y que da, para lo que ellos consideran una "viga", una fecha en torno al año 410 a.C. Esta fecha correspondería al momento en que el edificio sucumbió bajo los efectos de un incendio no provocado y a partir del cual las cremaciones continuaron, al tiempo que las ruinas se iban colmando de las cenizas resultantes. Por fin, la clausura de aquel santo lugar sobrevendría, según la cerámica ática, hacia el año 370 a.C. "De hecho —concluyen (página 25)— hasta ahora ningún elemento nos permite rebajar la cronología de la parte conocida del yacimiento a la mitad del siglo IV."

Por lo que se refiere al otro cabo, el del nacimiento del edificio, los autores creen que cuando el aríbalo naucratita llegó a Cancho Roano el edificio ya existía, con lo que su vida puede cifrarse, como mínimo, entre los años 550 y 410 a.C.

El extremo más vulnerable de este encuadre lo constituye la segunda de las fechas apuntadas, la del 410. Bastaría con que la "viga" no fuera tal, para que aquel hito cronológico careciese de significación en la historia del edificio, con lo que quedarían en pie tan sólo las fechas indicadas por el aríbalo y por las copas de cerámica ática.

Pero con esto, naturalmente, pierde su principal sostén la teoría de que hubo una época en que el edificio era "palacio-santuario" de un supuesto sumo sacerdote, reyezuelo y empresario comercial en una pieza, antes de que al término de su vida fuese enterrado tal vez en la cripta y convertido el palacio en lugar de incineración para las gentes del término de la actual Zalamea, deseosas de la protección que la divinidad pudiera dispensarles... Aquí estimo que los autores han cometido un error grave, que no dejará o de desorientar o de provocar

el escepticismo de más de un lector: aplicar la palabra "palacio" a un edificio de 24 metros de base. Para hacer más flagrante el dislate, resulta que este "palacio" se pone en relación con el *bit-hilani* sirio-hitita (un dispositivo palacial de dos estancias pareadas, una de ellas abierta como porche de columnas o cariátides y la otra sirviendo de salón del trono dentro del conjunto de un verdadero palacio). Los autores emplean este razonamiento: "Esta monumentalidad y su estructura interna no desentonan de cualesquiera 'hilani' de Oriente con los que habrá que compararlo. Por esto lo hemos calificado de Palacio con preferencia a Templo" (pág. 18).

La verdad es que ni las dimensiones ni la construcción avalan aquí el uso del término "palacio". Ni siquiera se puede justificar el calificativo de "megalítico" que los autores aplican al muro del revestimiento en talud del podio, como si se tratase de la fortaleza ibérica del llamado "Castillo" de Ibros, en la provincia de Jaén, o de algo por el estilo. Por el contrario, y muy lejos de eso, de lo que aquí se trata es de un paramento de piedras poco mayores de lo corriente en muros de mampostería, y que no son nada raras en los ángulos y en los zócalos de los edificios protohistóricos del sur. Es evidente que a los autores les mueve el deseo de justificar no sólo el calificativo de "palacio-santuario", sino su pretensión de haber hecho "el descubrimiento del monumento más extraordinario de nuestra protohistoria hasta el momento presente" (página 6), con lo cual no sólo ignoran el ya citado "Castillo" de Ibros, sino la Tumba de Peal de Becerro; la Puerta de Sevilla, en Carmona (una fortaleza cartaginesa de tal porte que antes de las catas efectuadas en ella se la tenía por arábica); los recintos fortificados de la provincia de Córdoba, y un sinfín de otros monumentos mucho más notables que este edificio de adobe de Cancho Roano, que si algo tiene de extraordinario son las cenizas y los despojos que encierra.

Pero puestos ya a emplear términos inadecuados, los autores no se conforman con el de "palacio", sino que en los resúmenes en francés e inglés que ponen como apostillas al texto catalán acuñan un híbrido, el de *Antentemple* (sic), con el que no sabemos qué pretenden decir, *Aedes in antis* llamaría Vitrubio (III, 2,2) a un edificio rectangular con porche en uno de sus lados cortos, formado por la prolongación de los muros laterales y rematado a cada lado por una pilastra (*anta*, en latín) ⁶.

⁶ La mejor ilustración práctica de un *aedes in antis* la ofrece el Tesoro de los Atenienses en Delfos, acorde en todos sus extremos con la precisa defi-

Ni nosotros ni nadie puede saber dónde se encuentran ni ese porche ni esas pilastras en el edificio de Cancho Roano.

Desembarazados ya de estos términos engorrosos, veamos las restantes alternativas. Ante el evidente carácter sagrado del edificio, sus excavadores no han podido por menos de preguntarse a qué divinidad estaría dedicado. He aquí su respuesta:

"No hay duda de que se trata de una divinidad funeraria. Su situación en medio de necrópolis lo hace muy probable. No puede tratarse de una divinidad curativa del cuerpo como tantos otros santuarios protohistóricos peninsulares. Creemos que se trata de una divinidad de salvación, una divinidad clónica, acogedora de la muerte y promotora de una resurrección..." (pág. 21). Este convencimiento les llevará a inclinarse por Ataecina, después de desechar a Endovélico y a Marte. Otras divinidades lusitanas hoy bien acreditadas por la epigrafía, como Trebopala, Trebaruna, etc., y a las que se sacrificaban diversos animales domésticos, no son objeto aquí de consideración. Veamos qué ocurre con Marte:

"El Ares griego, Marte romano, era un dios guerrero. El sacrificio de caballos, machos cabríos y prisioneros era por tanto una de las formas habituales de celebrar éxitos militares. Las prácticas adivinatorias atribuidas a los lusitanos estaban muy extendidas y a todos los niveles. En el caso de los lusitanos se trata sin duda de la búsqueda de pronósticos favorables antes de emprender acciones agresivas. En este caso era necesario un altar. Es cierto que entre los hallazgos arqueológicos verificados en el gran *bustum* (*busta* en el original) que recubría y llenaba las ruinas del edificio hay algunos huesos quemados de cabras, ciervos, cerdos y caballos. Pueden interpretarse como restos de sacrificios o del banquete funerario o hasta incluso de caballos de sacrificio o incineración del caballo del difunto. Como veremos, las incineraciones, al menos

nición de Vitrubio, única llegada a nosotros de la Antigüedad: *In antis erit aedes, cum habebit in fronte antas parietum qui cellam circumcludunt, et inter antas columnas duas supraque fastigium symmetria ea conlocatum, quae in hoc libro fuerit prescripta* (= "Será templo *in antis* cuando tenga en la fachada las pilastras de las paredes con que rematan los muros que delimitan la *cella* (santuario), y en el centro, entre las pilastras, dos columnas, y encima un tímpano construido con la simetría prescrita en este libro.") (Vitr. de arch. III, II, 2.) Es evidente, por tanto, que entre un templo *in antis* y el edificio de Cancho Roano no existe ni las más remota semejanza.

en un cierto momento, se realizaban en la azotea del edificio. Por tanto, el cuerpo del difunto y todos sus acompañantes se reunían en la azotea, donde habría un altar o se instalaba la pira funeraria. Para llegar hasta allí desde el exterior era menester subir la escalera del vestíbulo y después, por una segunda escalera interior, salir a la terraza y desde ésta, por una tercera escalera, ascender a la azotea. Esto representaría una dificultad cuando se tratase de subir allí caballos y prácticamente no es posible, o en todo caso completamente excepcional, a pesar de la aparición de bridas de bronce y ornamentos de las riendas.

Por otro lado, la preeminencia de un dios guerrero si se explica referida a los lusitanos del siglo II, protagonistas de las grandes guerras contra Roma, es más difícil de admitir su generalización tres siglos antes, cuando el pueblo lusitano no había cristalizado en el pueblo histórico ni se había extendido por las tierras bajas del Guadiana" (pág. 22).

Esto último es en gran medida gratuito, pues las fuentes históricas y arqueológicas permiten señalar la antigüedad de la expansión lusitana hacia el sur. No olvidemos que nos hallamos en la zona que los antiguos como Estrabón y Plinio llamaban la Baeturia y que sus habitantes eran, en manifiesta opinión de este último, célticos venidos de Lusitania como revelaban "su religión, su lengua y los nombres de sus poblados" (precisamente Miró-briga = Capilla y Sisapo = Almadén quedan bastante más al nordeste). Nada induce a suponer que estos célticos no se encuentren en los lugares que Plinio les atribuye, desde finales de la Edad de Bronce⁷.

Después de leer el pasaje más arriba transcrito no acertamos a saber a ciencia cierta qué piensan los autores acerca de la forma del edificio de Cancho Roano, que a nosotros nos pareció, a raíz de nuestra visita y sin conocer la opinión de los excavadores, una gigantesca parrilla, crematorio o altar. Ellos, en cambio, parecen verlo aquí con dos plantas o cuerpos superpuestos al podio: uno, el de adobe conservado en parte, aunque sin techo ni indicio del mismo, como no sea la escalera del interior del ala nordeste; otro piso, no conservado en absoluto, al que se llegaría por dicha "segunda escalera", y uno último, con azotea, al que se subía por una "tercera escalera". Luego, en otro lugar (pág. 17), nos dicen: "En realidad el edificio de lejos parecería un monumento de dos cuerpos cuadrados superpuestos como una pirámide truncada."

⁷ Plin. N. H. III, 13-14; L. García Iglesias, "La Beturia...", cit. en nota 1.

¿Cómo de dos cuerpos cuadrados —nos preguntamos— se llega a una pirámide "truncada"? ¿Querrán decir "escalonada"?

Esperemos que estas y otras incógnitas se despejen en futuras excavaciones y memorias, y que los autores aclaren sus ideas y dejen de hablarnos de palacios inexistentes, de "Antentemple", de "tophet", de "hilani" y de otras fantasías orientales, cuando las fuentes apuntan bien claro a lo que esto fue probablemente: un gran campo de cremación de ofrendas de los célticos o lusitanos de la Baeturia.

ANTONIO BLANCO FREIJEIRO

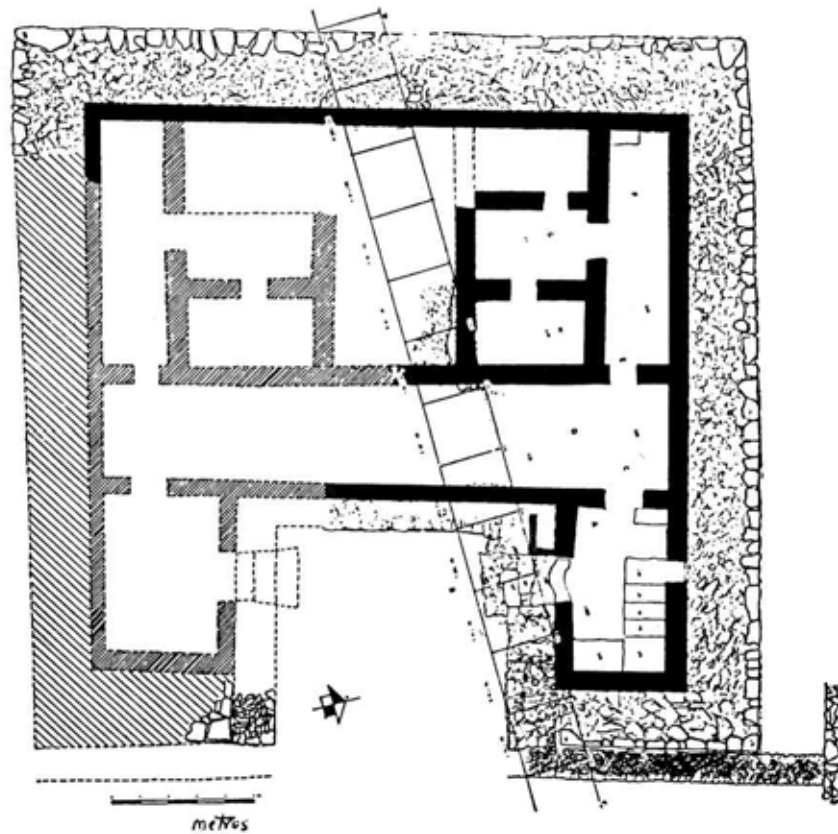


Fig. 1.– Plano del monumento de Cancho Roano (Zalamea, Badajoz), según J. Maluquer y R. Pallarés. La franja de cuadrados que cruza la planta del edificio de este a oeste corresponde a las primeras campañas de excavación.

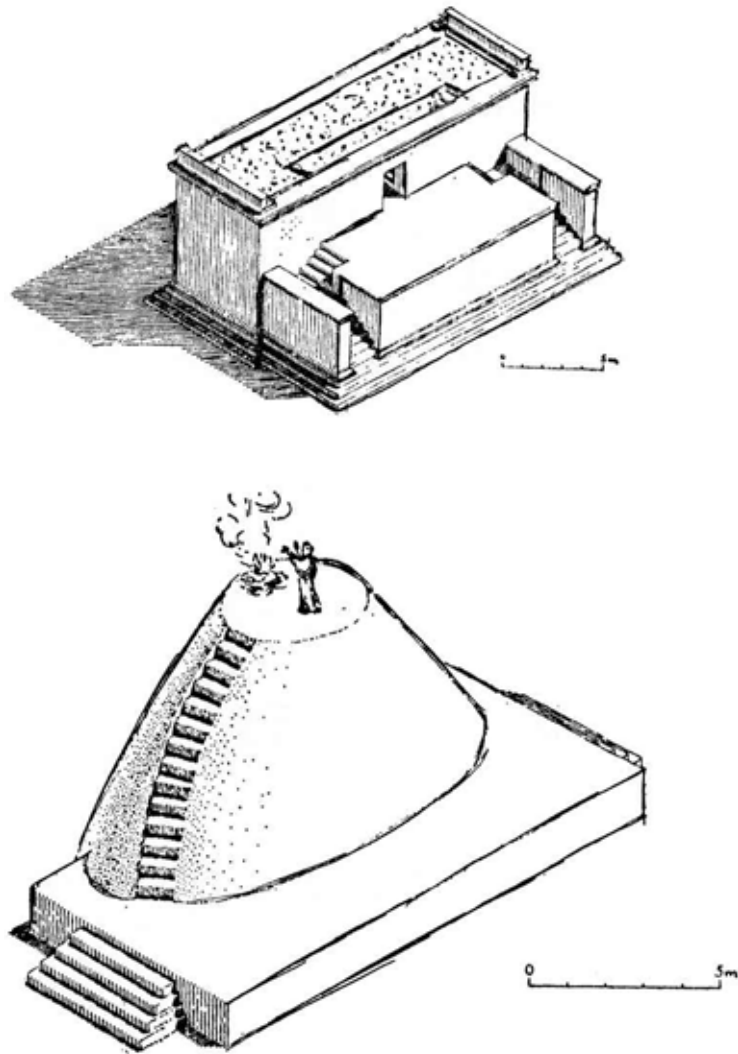


Fig. 2. – Dos posibles reconstrucciones del altar de cenizas dedicado a Zeus en Olimpia. Arriba, según Puchstein y Koldewey; abajo, según Schleich. El primero, con muros de contención; el segundo, sin ellos.

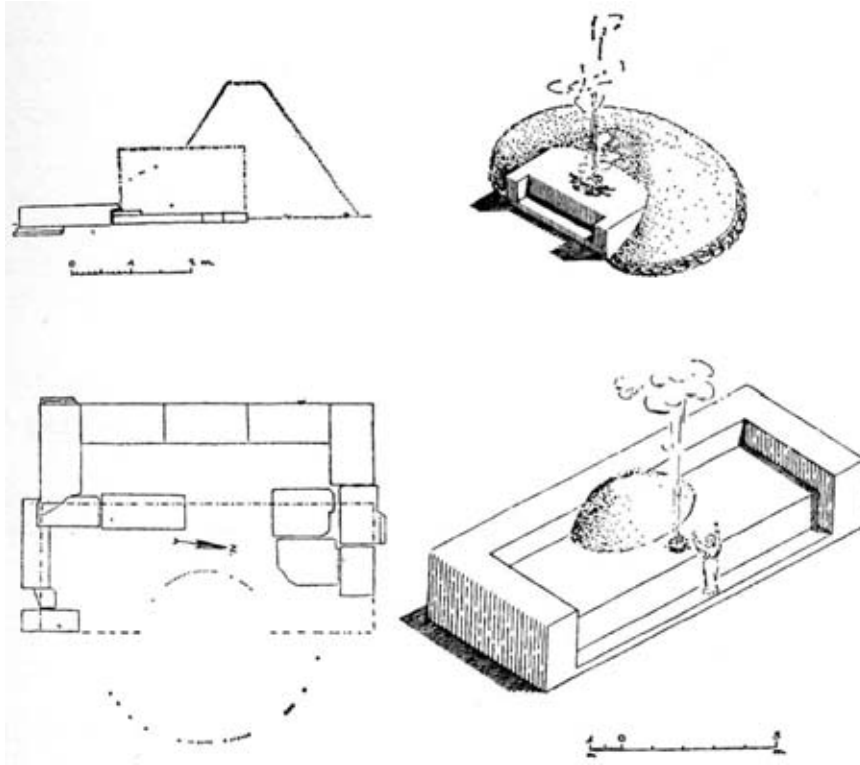


Fig. 3. – Altares de ceniza griegos dedicados a Hera. El de la izquierda, en Olimpia; el de la derecha (fases III y V), en Samos.